



ARTÍCULOS

Las tendencias actuales del pensamiento económico francés

Louis Baudin

Revista de Economía y Estadística, Vol. 2, No 2 (1958): 2º Trimestre, pp. 5-28.

<http://revistas.unc.edu.ar/index.php/REyE/article/view/4885>



La Revista de Economía y Estadística, se edita desde el año 1939. Es una publicación semestral del Instituto de Economía y Finanzas (IEF), Facultad de Ciencias Económicas, Universidad Nacional de Córdoba, Av. Valparaíso s/n, Ciudad Universitaria. X5000HRV, Córdoba, Argentina.
Teléfono: 00 - 54 - 351 - 4437300 interno 253.
Contacto: rev_eco_estad@eco.unc.edu.ar
Dirección web <http://revistas.unc.edu.ar/index.php/REyE/index>

Cómo citar este documento:

Baudin, L. (1958) Las tendencias actuales del pensamiento económico francés. *Revista de Economía y Estadística*. Tercera Época, Vol. 2, No 2: 2º Trimestre, pp. 5-28.

Disponible en: <http://revistas.unc.edu.ar/index.php/REyE/article/view/4885>

El Portal de Revistas de la Universidad Nacional de Córdoba es un espacio destinado a la difusión de las investigaciones realizadas por los miembros de la Universidad y a los contenidos académicos y culturales desarrollados en las revistas electrónicas de la Universidad Nacional de Córdoba. Considerando que la Ciencia es un recurso público, es que la Universidad ofrece a toda la comunidad, el acceso libre de su producción científica, académica y cultural.

<http://revistas.unc.edu.ar/index.php/index>



REVISTAS
de la Universidad
Nacional de Córdoba



Universidad
Nacional
de Córdoba



FCE
Facultad de Ciencias
Económicas



1613 - 2013
400
AÑOS

LAS TENDENCIAS ACTUALES DEL PENSAMIENTO ECONOMICO FRANCES (*)

Ateniéndonos a las apariencias, podríamos creer que el pensamiento económico francés no presenta ninguna unidad. Por cierto, no hay “escuela” hoy en Francia como la hubo en el siglo XVIII; sin embargo los economistas franceses se diferencian de sus colegas extranjeros. El análisis al cual voy a proceder, revelará en ellos tres características principales: su inclinación por el método, cuyo origen es antiguo; el sentido de compromiso debido al medio, que describiré, y por fin, la creencia en un estado crítico de la ciencia. Esta última actitud engendra muy felizmente un esfuerzo de superación que merece ser conocido.

I

La primera impresión del observador en el dominio que tratamos de explorar, es de tal variedad que se parece a una anarquía. Lord Keynes tenía razón al manifestar en su prefacio de la edición francesa de la “*General Theory*”: “Actualmente los economistas franceses son eclécticos”. Varios de mis compatriotas han creído poder afirmar que no hay actualmente escuela económica francesa. Pero la misma observación ha sido

(*) El original en francés fué traducido al castellano por la Sra. Elsa Gaggiotti de Sánchez Quinteros, Profesora de Francés egresada de la Escuela Superior de Lenguas Clásicas y Modernas.

hecha para otras actividades del espíritu: filosofía, literatura, arte, etc., lo que no les impide prosperar e irradiar.

El origen de esta diversidad es fácil de descubrir: nuestro individualismo es reconocido universalmente; no un individualismo que se satisface con su autonomía, que quiere ser independiente y pretende convertirse en la fuente única del derecho, sino un individualismo constructivo que no se opone a la sociedad, que no reniega de la tradición, que coloca en el centro de todo sistema al individuo aceptado como una personalidad que piensa y que obra.

Esta dispersión, que no es desorden, se manifiesta en la teoría como en la doctrina. Un reciente libro de mi colega André MARCHAL sobre el pensamiento económico en Francia enumera los diferentes aspectos que éste reviste en nuestros días y nos sentimos decepcionados por su multiplicidad, nos conduce de la tradición clásica con Jacques RUEFF, que considera la propiedad privada como el fundamento del orden social, al empirismo puro de André PIATIER, que reduce la ciencia económica al estudio de los enlaces funcionales, sin la búsqueda de las causas y sin juicio de valor. Entre esos dos extremos, A. Marchal inserta lo que llama economistas realistas y sociólogos, categoría inmensa y heterogénea que llena cerca de las tres cuartas partes del volumen y reúne a los marginalistas, psicólogos, econometristas, especialistas de las estructuras y de las fluctuaciones económicas —en resumen, una multitud de escritores muy diferentes los unos de los otros—.

En el dominio de las doctrinas, basta hojear el libro de mi colega Albert PASQUIER sobre *las doctrinas sociales en Francia* para quedar bien compenetrados. De sus páginas se desprende un polvillo de conceptos nuevos, todas las terminaciones en *ismo* se dan cita allí: al lado del liberalismo, neo-liberalismo, capitalismo, planismo, socialismo, marxismo, catolicismo social, anarquismo y sindicalismo, encontramos el paternalismo, garantismo, personalismo, progresismo, cooperatismo, comunita-

rismo, asociacionismo, etc.. Nadie será sorprendido, ya que sobre el plan político, alineamos una serie de partidos designados por iniciales que les hacen misteriosos a los ojos del extranjero: M R P, U D S R, R P F, etc....

Esta extremada diversidad tiene sin embargo una consecuencia feliz en economía, engendra una reacción que, ella, es común a todos nuestros economistas. El francés, desde que entra en el Liceo, crece a la sombra de Descartes. Sus pretensiones revolucionarias, cuyas consecuencias veremos, no le impiden continuar rindiendo culto a la diosa "Razón". No se siente a gusto, en absoluto, en el laberinto de las concepciones, y la tradición ancestral a la que obedece, piense lo que piense, lo incita a investigar las síntesis y le inspira el gusto por el método.

Es en Francia, especialmente, donde se encuentran obras extensísimas destinadas a suministrar una vista de conjunto de la ciencia económica, y generalmente esos volúmenes son redactados por distintos autores, pues un solo economista no puede esperar poder llenar solo, semejante tarea. Tales son los "Tratados de economía política" de mi malogrado colega Gaetán PIROU, cuya redacción prosigue por iniciativa de su viuda, y de mi maestro Henri TRUCHY, igualmente desaparecido antes de haber podido llevar a término su empresa. Mencionaré especialmente el Tratado en dos Volúmenes, cuya dirección ha tenido el bien de confiarme la librería DALLOZ y que no solamente ha sido terminado en el tiempo requerido, sino que está ya en su segunda edición. Este último caso es típico: el plan de la obra está desarrollado conforme al programa de licenciatura de las Facultades de Derecho y nos hace entrever el papel director y unificador desempeñado por la Universidad, no por el fondo de la cuestión, sino para la forma. Cada capítulo está redactado por un profesor diferente, especialista en la materia que debe tratar. Ahora bien, los autores han guardado su personalidad, pues no hubieran consentido

jamás en la menor deformación o mutilación de su pensamiento y sin embargo una armonía general se ha establecido por sí misma: el conjunto es *uno* en su diversidad.

Esta unidad, inesperada en un medio tan ecléctico y tan celoso de su independencia nos pone en el camino de una comunidad de pensamiento. Todos estos autores utilizan un método riguroso, sin el cual tal obra sería un desastre.

La primera característica que descubrimos en los economistas franceses es pues el *espíritu del método*. Es él quien nos permite combatir el gusto perverso de la contradicción que el Mayor Thomson nos ha reprochado espiritualmente en sus divertidos "cuadernos".

Un maestro que acaba de desaparecer, se ha convertido en el campeón del método y ha sido unánimemente aplaudido: Bertrand NOGARO. Estoy profundamente convencido, escribe en el final de su libro sobre el método en economía política, que "el progreso de la ciencia económica está estrechamente ligado a su acuerdo sobre el método de trabajo. La búsqueda útil y la meditación fecunda, suponen un método de trabajo, que el instinto sólo, no pone a disposición de todos. El economista debe tener un cuidado agudo del rigor lógico".

Es por esto, que el francés se distingue de sus vecinos. Antes de partir hacia la investigación, quiere trazar su camino en el mapa, quiere estudiar el medio de conocer, antes de llegar al conocimiento. El objeto de estudio es el segundo término del análisis, el primero es el modo de aproximarse. Más aún, el investigador puede detenerse en el umbral de la región a explorar, se limita a la indicación de los medios de exploración. Hace del método un fin en sí.

La pasión por el método es llevada tan lejos en Francia que conduce a algunos a entregarse a apreciaciones discutibles, sean negativas o positivas. Oímos aún entre nosotros, vivas críticas contra la deducción cara a los clásicos, cuando este método no es culpable y debemos solamente incriminar el em-

pleo que se le ha dado, a saber: la construcción deductiva a partir de premisas *a priori*, o, al menos, insuficientemente verificadas. Esta pasión se traduce asimismo en una verdadera querrela, por ejemplo: contamos en Francia con fanáticos de la economía matemática, que se creerían deshonrados si sus estudios no contuviesen ecuaciones.

Una persona bien intencionada me decía recientemente, cuando me asombraba de esta manía: “esto da más seriedad a la obra”. Lo más notable es que nuestros más entusiastas apologistas de las matemáticas son a menudo los que tienen menos conocimientos.

Los adversarios de la economía matemática observan que ésta choca con “límites”, es cuantitativa y por consiguiente, ignora la calidad, no está nunca segura de haber comprendido todos los datos del problema, pues su número es considerable y el olvido de uno solo de entre ellos, falsea el resultado; no es pues aplicable más que a un número reducido de fenómenos. Por otra parte, el tiempo matemático es reversible y no puede ser asimilado al tiempo histórico que es irreversible y el único real. Comprobamos que de hecho el econometrista, para entregarse a cálculos precisos y tener la oportunidad de concordar con la realidad, debe reducir su campo de observación, hasta el punto de tomar por objetos de estudio sectores muy reducidos de la ciencia económica.

Los partidarios de las matemáticas, responden a esos argumentos ofreciéndose a enmendar la econometría. Primeramente se proponen integrar la causalidad en las interdependencias que logran disfrazarla pues, es el descubrimiento de la causa de un fenómeno, lo que debe ser nuestro fin, ya que solamente él permite la aplicación de un remedio eficaz. Ellos admiten que ciertos fenómenos parecen obedecer a la ley del azar, por ejemplo la distribución de los salarios según una fórmula que recuerda la de GAUSS, pero no se resignan a comprobar el paralelismo de los movimientos de los precios y de los cursos del

cambio sin buscar cuáles han desempeñado el papel de antecedentes. Enseguida tratan de tomar el cualitativo en sus fórmulas, empresa osada que sobrepasa la cuestión de los métodos, y que yo no quisiera exponer aquí.

He allí donde está la controversia, pero todos están de acuerdo en un punto: *el carácter fundamental del método.*

II

Una segunda impresión que los extranjeros no sienten quizás, pero que experimentan aquellos que penetran en los diferentes grupos sociales donde se debaten las cuestiones económicas, es el dualismo que se comprueba en los economistas aceptados como competentes. Esas dos categorías, particularmente divididas en Francia, son las de los universitarios y las de los no-universitarios.

Tomo universitario en el sentido amplio, comprendiendo a los profesores de las escuelas importantes y de los institutos, por ejemplo, los de las escuelas de minas, de los puentes y calzadas y de las escuelas de orientación profesional. Todos tienen su actividad centralizada en problemas económicos. Los no-universitarios son aquellos cuya actividad tiene otro objeto y que se interesan incidentalmente en la economía política; como la gente de negocios, altos funcionarios, miembros del Parlamento; entre ellos se encuentran muchos autodidactas improvisados sobre el terreno económico.

El mayor número de los Universitarios pertenecen a las Facultades de Derecho. La enseñanza de la economía política en Francia, ha nacido en un terreno técnico, ya que el primer curso de economía política, ha sido el que profesaba un empresario, Juan Bautista Say, en el Ateneo en 1816, calificado en seguida curso de economía industrial, bajo la Restauración porque la palabra "política" era considerada sospechosa.

La economía ha entrado ulteriormente en la Universidad en las Facultades de Derecho y allí ha quedado. El economista francés tiene pues, en Francia, una cultura jurídica bastante extensa, lo que es ventajoso en estos tiempos de economía dirigida y lo que le confiere una fisonomía particular a los ojos del extranjero. En nuestros días, él se especializa más y más, gracias particularmente a una reforma que está en vía de ejecución, pero permanece adherida a Derecho. Acabamos solamente de obtener un cambio de nombre; nuestras Facultades, desde hace alrededor de un año, se llaman Facultades de Derecho y de Ciencias Económicas.

El profesor, además, queda con huellas para toda su vida, por las pruebas tan duras, que tanto física como intelectualmente debe superar: las del concurso de Agregación. Ellas tienen lugar cada dos años y duran de dos a tres meses, comprenden primeramente el examen por el jurado, de los trabajos de los candidatos (libros, artículos, etc.), después una composición escrita y por fin cuatro lecciones orales de tres cuartos de hora cada una, sobre un tema librado a la suerte, con 24 horas de anticipación. El candidato debe hablar guiándose por resúmenes que él mismo confeccionó. Este último ejercicio requiere un gran esfuerzo físico, pero tiene la ventaja de obligar al candidato a preparar una lección en muy poco tiempo, siguiendo reglas estrictas: introducción, dos o tres partes distintas, relaciones establecidas entre ellas, conclusión introducida gradualmente, etc.. Las cualidades de claridad y exposición que los extranjeros reconocen en el profesor francés de economía política son, en la mayor parte, las felices consecuencias de este concurso.

Después del concurso el candidato admitido, es nombrado encargado de curso, después profesor en el interior. No será llamado a París, sino cuando se destaque por su enseñanza y sus trabajos, pero en todas partes sus condiciones de existencia son y permanecen modestas.

En Francia los funcionarios son numerosos y mal pagados. Lo peor es que la jerarquía de los sueldos está de más en más disminuída. En efecto, como el presupuesto está siempre en déficit, el gobierno se esfuerza en rechazar los pedidos de aumento de sueldos, pero sucediendo que hemos sufrido una inflación poco más o menos constante, en el transcurso de estos últimos años, salvo durante el período de 1952-1956, se ha visto obligado a ceder a la presión de los sindicatos. Ahora bien, esta presión es tanto más fuerte en una democracia cuando el número de los interesados es mayor. Los poderes públicos han dado satisfacción primeramente y sobre todo a los grados inferiores de la jerarquía. Como en la educación nacional los profesores de universidad, se sitúan en la cima de la escala, han sido sacrificados. Lo han sido tanto más, cuanto que son alcanzados, como todos los ciudadanos por un impuesto sobre la renta progresiva cuya tasa es elevada, al que no pueden escapar y que desanima toda tentativa de acrecentar las ganancias y mejorar la condición de vida con suplementos de trabajo. Sobre la renta suministrada a un profesor parisiense, soltero o viudo, sin nadie a su cargo, que ha llegado a la cumbre de su carrera por libros o artículos, el fisco absorbe un mínimo del 53 %, por consiguiente, sensiblemente más de la mitad.

Estas comprobaciones no impiden que se presenten los candidatos, numerosos, para afrontar el concurso y hace algunos años he visto entre ellos hombres de más de 40 años, deseosos de ingresar al profesorado, cuando tenían ya una situación que, desde el punto de vista pecuniario, era superior a la que la educación nacional podría ofrecerles. Pero tenían la *vocación* y ese desinterés merece ser alabado. Se puede decir, pues, que los economistas universitarios constituyen una élite. Ahora bien, esta élite es poco considerada por los hombres de estado. Cuando un personaje político importante tiene necesidad de consejos de orden económico, se dirige a los adminis-

tradadores o autodidactas y raramente a quienes tienen por profesión estudiar la economía. Es éste un hecho curioso cuyo origen es oscuro: ¿es el deseo de favorecer a los amigos o relaciones personales? ¿Continúase pensando, en las altas esferas, como nuestros grandes antepasados de la Revolución, que la República no necesita sabios? ¿O es más bien que opiniones imparciales podrían llegar a ser molestas y que los hombres de estado buscan menos, consejos relativos a la acción que deben emprender, que justificaciones por las acciones que han decidido ya en su fuero interno?

Sea lo que sea, los hechos están a la vista. Los gobiernos extranjeros han consultado o han llamado a universitarios como presidentes o ministros, tales como los Sres. Einaudi, Salazar, Gudin, Ohlin, etc., pero nadie ha ido a buscar, en Francia, en vida a Aftalion o Nogaró, para desembrollar las cuestiones monetarias, de las que eran sin embargo especialistas.

Hoy mismo el *Consejo económico* que cuenta alrededor de 160 miembros, tenía en sus comienzos 10 representantes del pensamiento francés. Se ha estimado que eran demasiado, esta cifra ha sido reducida a 8. Todos los representantes del pensamiento francés son nombrados por el gobierno, que puede así elegir si quiere, consejeros que él sabe por anticipado, son favorables a su política.

Los economistas de acción están pues separados de los economistas de pensamiento y es por esto que varios profesores, deseosos de no perpetuar este enojoso divorcio, desean ligar la teoría a la acción: ellos quieren, siguiendo una expresión de moda "*comprometerse*".

Hay una economía comprometida así como hay una literatura comprometida, la que, como se sabe, ha tenido gran resonancia.

Este deseo de compromiso, está reforzado en muchos, por el temor de caer en la abstracción, que ha sido reprochada a los clásicos. Nuestros economistas son devotos de la economía

pura, pero quieren permanecer ligados a la realidad. Es así que la Sra. KRIER, profesora en Rennes, nuestra única economista, profesora universitaria, del sexo femenino, en su importante obra sobre “la curva de oferta”, se complace en explicarnos que el empresario se comporta en la práctica, como un *homo economicus* y que los razonamientos y gráficos propuestos por ella a nuestra meditación no nos alejan de lo real. Le dejo la responsabilidad de esta opinión que supone una racionalidad en el empresario, de lo que no estoy persuadido de ninguna manera, pero compruebo que ella tranquiliza al lector.

Entendamos bien que se trata de un acercamiento entre el concepto y la práctica, no entre el autor y el público. Ciertos economistas, en efecto, se complacen en utilizar una terminología poco comprensible para los no iniciados, no temen dar así a sus trabajos un carácter casi esotérico, que yo deploro.

En consecuencia, cierto número de economistas franceses, hacen de la economía una ciencia normativa: reprochan al neutralismo económico tratar de disfrazar al individualismo cuyos adversarios son, aunque sean ellos mismos muy individualistas. Consideran la indiferencia con respecto al fin como frialdad de corazón, como prueba de inhumanidad y se califican ellos mismos, con gusto, de *humanistas*, palabra de moda que crea a su alrededor un ambiente favorable.

En muchos casos, esta tendencia se apoya en un movimiento confesional que quisiera poner la ciencia económica al servicio de su ideal, ideal muy noble por otra parte, que no tenemos que discutir aquí. Las consecuencias de esta actitud son múltiples y graves. Primeramente la ciencia no es más un signo de verdad, ella tiende, sea a convertirse en receta de bienestar, y la economía diverge entonces del espiritualismo que domina la filosofía de nuestro tiempo, sea más bien, a ponerse al servicio de una ideología, esta última, sin fundamentos científicos. Rápidamente entonces la economía se deteriora, se vuelve sentimental como lo ha sido a menudo ya, en

nuestro país después de las célebres predicciones de Lamennais. No son más razonamientos que se acumulan, son emociones que se experimentan y arrebatos que se suscitan. La búsqueda pura de la verdad, no es más admitida, la verdad debe ser conforme *al ideal* colocado *a priori* por el investigador por ejemplo, a un ideal de *justicia*. Oímos de nuevo discutir como en la Edad Media de precio justo, justo salario y justo beneficio. Ahora bien, nada es más movedizo e incierto que una justicia llamada social, que cada uno entiende a su manera.

En lugar de observar los fenómenos humanos y buscar las regularidades que podrían permitirle descubrir las leyes, el economista traza el camino que los hombres seguirán. No se contenta más con decir: “si Ud. hace esto, resultará esto otro”, él incita a obrar en tal o cual sentido. En conclusión, penetra deliberadamente en el terreno de la moral e inspira una “*dirección económica*”. El peligro es entonces verdadero, pues esta dirección es ejercida por el legislador: el concepto normativo conduce pues, como lo ha dicho excelentemente uno de nuestros vecinos de Bélgica, “a una ciencia de la intervención política, puesto que ella se colorea habitualmente y profundamente de las preferencias filosóficas y de las pasiones de los economistas”.

Los ejemplos abundan. El dominio de la distribución nos ofrece los más convincentes, ya que concierne a las cuestiones sociales, las que se prestan más a las intervenciones. La renta no es ya considerada como una “renta de factor” —es decir, del trabajo (salario), o del capital (interés)—, es considerada como una “renta de la persona”, es decir del obrero o del que ahorra. El salario calculado según las necesidades y no según la productividad del trabajo, es la renta de la persona. Esta última renta puede obedecer mucho más que la primera a consideraciones éticas. En cuanto al beneficio, es el resultado de acciones de fuerza de parte del empresario que se

esfuerzo en menoscabar los mercados, substituir hombres por máquinas, obtener devaluaciones monetarias, etc..

Esta manera de obrar del empresario, permite olvidar su papel tan necesario de coordinador de los elementos de producción, y presentarlo bajo una especie de *condottiere*, en una palabra, retirarle su prestigio. Gran astro de la escena económica desde Juan Bautista SAY, helo aquí convertido en “el traidor de la obra”. El beneficio de la persona y no de la empresa, es el resultado de la violencia; pierde su justificación.

Este cuadro sombrío no es siempre exacto, sin embargo, algunas veces lo es; pero observamos en primer lugar que es el resultado de una lenta y progresiva deformación del tipo clásico del empresario, deformación debida a la deteriorización del régimen liberal, tal como existía en el momento cuya silueta ha sido anteriormente dibujada. En seguida comprobamos que todas las rentas pueden ser consideradas bajo este ángulo y todos sus detentores ser tratados con la misma rudeza. Los sindicatos obreros, por ejemplo, ejercen sobre los poderes públicos, presiones tan fuertes como los empresarios y menoscaban el mercado con tanta frecuencia como ellos. El salario obtenido a continuación de una huelga, ¿no es una renta de la violencia? Este ejemplo muestra cómo el concepto normativo se une a la ideología y se adapta a tendencias desprovistas de toda objetividad científica. Los economistas no profesionales, están más inclinados aún que los universitarios a apreciar la ciencia económica, a la luz de una moral de la que se hacen sus apóstoles, y cuyo valor no negamos, pero que nos aleja de la ciencia pura. Es así que dos de nuestros contemporáneos, se han inspirado en una obra que relata las carestías que desolan periódicamente ciertas regiones de América del Sud, para afirmar que ese continente entero está subalimentado, generalización prematura e inexacta, como lo prueba la situación de la República Argentina. Estos dos autores han

enunciado este audaz error porque querían hacer responsable al capitalismo de esta pretendida subalimentación.

Es resbaladiza la pendiente de la economía normativa a la economía partidaria.

Otra consecuencia de la tendencia que analizamos, es la importancia creciente de la opinión pública que es la de la masa, de la que sabemos, está lejos de ser una guía segura y sabia. Desde el instante que el humanismo triunfa, todos los hombres se creen autorizados a dar a la ciencia económica esas normas cuya apología se hace, es decir, a cubrir con un revestimiento pretendido moral, un interés personal que no osa decir su nombre. El jefe de sindicato, por ejemplo, calificará de humanista la política destinada a dar a sus dependientes, ventajas materiales.

No es todo aún. El *compromiso* “cristaliza”, tiene por resultado situar a cada uno en una red de conceptos, más precisamente, en una doctrina, o, en un grado inferior, en un partido. Y cuando un individuo se ha adherido, a veces prematuramente a una o a otra, no le es posible cambiar de opinión, ni aun dándose cuenta del error que ha cometido. Los filósofos, desde hace mucho tiempo han indicado que habiéndose dado el hombre una fisonomía determinada, quedaba obligado por el medio a continuar el papel del personaje que había elegido encarnar, bajo pena de provocar desprecio o escándalo.

Admitiendo que el economista permanece en el plan doctrinal, de ello resulta una cierta primacía de la doctrina sobre la teoría, del juicio de valor sobre el conocimiento objetivo. Comprobamos que los economistas franceses están divididos en dos grandes categorías. Por una parte los liberales y neo-liberales que ocupan las dos ciudadelas tradicionalistas de la Academia de Ciencias morales y políticas y la de la Sociedad de economía política de París; la primera comprende una sección económica de 8 miembros, entre los cuales figuran actualmente un antiguo alumno de la Escuela Normal Superior, di-

rector de un centro de estudios económicos, un antiguo director de una revista económica, dos financistas, un agregado de economía política director de la revista *Dos Mundos*, un antiguo inspector general de finanzas, un estadístico antiguo politécnico y un profesor de la Universidad de París; la segunda institución es actualmente presidida por un hombre de Estado, sus tres presidentes anteriores eran miembros de la Academia de Ciencias morales y políticas, ella comprende empresarios, banqueros, miembros del Parlamento, diplomáticos, etc.. Por otra parte, los dirigistas —entre los cuales se encuentran socialistas y cristiano-sociales— son numerosos en la Fundación de Ciencias Políticas y en las administraciones.

En cuanto a la Universidad, ella permanece dividida entre todas las tendencias, sólo el comunismo no cuenta casi con adeptos, ninguno en la Facultad de Derecho de París.

En fin, una de las más importantes consecuencias del “compromiso”, es la necesidad de tornar aplicables las teorías que se defienden, por consiguiente, sacrificar si es preciso algo de su rigor, para sacar provecho en la práctica. El deseo de ejecutar, amenaza dañar el de comprender, la obtención del bienestar aparece como el fin más digno de ser alcanzado, más que el conocimiento de la verdad. De donde vemos, en muchos economistas, la rareza de sus sistemas, es decir, de esos conjuntos teóricos contruídos sobre un número limitado de hipótesis fundamentales, gracias a impecables razonamientos lógicos y que forman monumentos que se pueden criticar, pero que están bien contruídos, y que satisfacen nuestro gusto por la estética intelectual, por ejemplo, la economía nacional, el marginalismo, la teoría de las combinaciones nuevas de Schumpeter, las teorías de las fluctuaciones económicas de Harrod, y de Hicks, etc.. Una obra para imponerse debe presentar una tesis, una idea central, que constituye su unidad y por decir así, que le da un alma. Todo ha sido dicho sobre la necesidad para el teórico, de inspirarse en los hechos reales para no caer

en la utopía, pero hay un exceso contrario que consiste en no saber librarse de esos hechos, para elevarse hasta la teoría o quizás, a no osar dejar el dominio que se ha arreglado conforme a una ideología, por temor a descubrir desequilibrios a la luz de la ciencia.

III

La tercera característica es más compleja. La tomaremos por introspección más bien que por observación. El análisis de nuestra psicología nacional revela que somos a la vez, individualistas y tradicionalistas. El individualismo está en el origen de la diversidad, de la que ya hemos hablado. El tradicionalismo nos hace vivir a la sombra de la historia. Si siguiendo un dicho conocido, el francés ignora geografía, el estudiante, al menos, sabe historia, conoce el papel desempeñado por su país en la evolución del pensamiento económico. Los fisiócratas han precedido a los clásicos, Condillac, J. B. Say, Saint-Simon, Proudhon, Walras, Le Play son nombres gloriosos. Esta enumeración se enriquece también hoy con nombres nuevos: los de autores resucitados: Cantillon, Cournot. Pero es esa una herencia abrumadora para las generaciones actuales.

¡Aquí también la reacción va a crear la unidad. La vieja ideología revolucionaria, de la que no nos hemos nunca librado, incita a los jóvenes a buscar en la rebelión la renovación deseada.

Destruir para reconstruir y antes mismo de saber cómo reconstruir es la fórmula brutal que permite escapar del pasado, terminar en la negación, con el complejo de inferioridad creado por el recuerdo. Este movimiento concuerda con el impulso del hombre de la calle que teme ante todo parecer "reaccionario". Actitud irracional, ciertamente, pues el prudente, puede decidirse en favor del retorno al pasado, si le parece que el presente se encamina hacia una vía peligrosa.

Pero es así, el epíteto revolucionario comporta en nosotros un prejuicio favorable. El iconoclasta toma fácilmente actitudes ventajosas de fanfarrón, cuando se necesita generalmente más valor para resistir a los arrebatos que para seguirlos. Se puede decir sin paradojas que en Francia la tradición desde 1789 exige un anti-tradicionalismo, y la constancia del francés en persuadirse que es revolucionario, es una prueba más de su tradicionalismo.

En todas las ciencias, esta tendencia se traduce en un gusto muy vivo de modernismo, y un miedo casi infantil de no estar a la vanguardia de las ideas. El prudente es tomado por timorato. Ahora bien, el mundo va rápido en nuestros días y las teorías se suceden unas a las otras más rápidamente que los modelos de automóviles. Es por esto que los jóvenes se entrenan lanzando dardos a los clásicos, pero como estos últimos han sabido forjarse una armadura que los rompería, es en contra de las caricaturas de los clásicos, contra tesis simplificadas, destinadas a servir de blanco, que se ejercitan los novicios.

En cuanto a los maestros, ellos reprochan a los grandes antepasados sus concepciones de la neutralidad de la moneda, del automatismo de los mecanismos económicos, de la no intervención del Estado. Reconocen sin embargo, que los hechos han cambiado y admiten circunstancias atenuantes, pero acusan a los sucesores de no haberse adaptado a un mundo nuevo. La analogía de esta manera de encarar la evolución del pensamiento con el esquema marxista, es sorprendente: la economía se ha modificado, la superestructura ideológica se ha cristalizado y consecuentemente no ha tardado en encontrarse sin apoyo, ella se ha hundido pues, en un momento dado: es la "revolución readaptadora" y la palabra revolución, es justamente, como se ve, la que conviene.

Un economista francés ha llegado hasta escribir, hace algunos años en un gran diario de la tarde, que la ciencia eco-

nómica había nacido realmente en 1936, fecha de la publicación de la *General Theory*. Sin embargo, en lugar de la palabra revolución, es de la de crisis, que se sirven más y más. Así la gradación de las rupturas es respetada: el grau público habla, como lo ha hecho siempre, de quiebra de la economía política, ateniéndose al aspecto negativo de los cambios, los jóvenes aman la palabra revolución, los economistas informados, emplean el término *crisis* del pensamiento económico, que tiene una resonancia más científica y más optimista. La crisis, no es una terminación como la quiebra, ni una confusión como la revolución, es una etapa, o, en lenguaje biológico moderno una “mutación”, un momento penoso que pasar.

Sin embargo, cualquiera que relea la historia de las ciencias, humanas o no, se da cuenta que desgrana un rosario de crisis. “Estamos autorizados a preguntarnos, dice el filósofo HUIZINGA, si la civilización, durante esta veintena de siglos (transeurridos desde el nacimiento de Cristo), ha conocido jamás otra cosa que crisis. La historia entera de la humanidad, ¿no es precaria al grado supremo?” (*Incertidumbres*, 1939, p. 27). Tal es la verdad. El hombre, por otra parte, tiende a aumentar el alcance de los acontecimientos próximos a él, así como el objetivo aumenta los objetos próximos al fotógrafo; lo ha llevado a eso, el sentimiento de orgullo y de consuelo que él experimenta, persuadiéndose que vive un momento importante de la historia.

IV

Esta tercera característica de la evolución del pensamiento económico francés, nos lleva a la parte constructiva de nuestra exposición. La creencia en la crisis, incita a un esfuerzo de renovación que comienza actualmente. Nuestros economistas y sobre todo los más jóvenes de entre ellos, han sido fuertemente influenciados por Lord KEYNES, pero se han apartado

poco a poco, por varias razones. Primeramente han reconocido, después de varios otros maestros y notablemente de HAYEK, que el equilibrio de un sub-empleo, suponía una rigidez de los salarios nominales, del que no podría darse un dato científico porque es una simple comprobación de hecho, sujeta a borrarse, si la ilusión monetaria de la nominalidad desaparece por causa de la educación de las masas, o si la fuerza de los sindicatos encarnizados en impedir la baja de los salarios, llegara a ceder por una razón cualquiera. En seguida se han apercebido que la elección entre el consumo y el ahorro y que la comparación entre la productividad marginal del capital y la tasa del interés, tales como las suponía KEYNES implicaban la existencia de un “*homo rationalis*”, mucho más irreal que el célebre “*homo economicus*” tan ridicularizado en otra época. En fin, han estimado con razón, como consecuencia de estudios sobre los países subdesarrollados, que la regla según la cual, en una sociedad progresiva, el ahorro crecía más que proporcionalmente a la renta, era inaplicable en los países cuya psicología nacional es diferente de la de Gran Bretaña y no podía ser generalizada. En verdad, KEYNES era el teórico de un país y de una época; a saber, de Gran Bretaña en el tiempo en que reinaba la huelga.

La teoría keynesiana ha sido superada, partiendo del examen de una pieza maestra del sistema: la renta nacional. Esta constituye una síntesis cómoda, pero muy insuficiente. Armoniza con las psicologías de masa y con la extensión de las direcciones económicas. Pero totaliza los elementos más dispares, hasta los que no son medible y disfraza bajo cifras globales, las peores tensiones y disparidades. La renta nacional del Brasil, por ejemplo, no tiene ningún sentido, ya que indica un término medio entre la renta de los habitantes de Río y de Sao Paulo y la de los Indios del Amazonas.

Igualmente los planes fundados sobre cifras globales presentan riesgos, pues siempre se escapan algunos puntos. No

es todo administrar los conjuntos, es necesario coordinar las partes. Es por esto que nuestros economistas han procedido a seccionamientos.

No es todo. Para los liberales hay otros motivos de mayor importancia: la teoría macroscópica que se emparenta con el planismo y conduce al totalitarismo, ella acarrea una racionalización total. “El verdadero peligro de la economía planificada, escribe mi colega Daniel Villey, no reside en los despilfarros y en los errores de cálculo económico, es que ella logra efectivamente realizar el máximo de ofelinidad, y que toda la vida sea eficazmente racionalizada”. En efecto, orientar la existencia humana entera, por vía de la autoridad, hacia la obtención del máximo de renta por cabeza, es reducir la existencia misma, es deshumanizarla. Este último argumento basta para hacer comprender que después de la primera euforia, la teoría keynesiana ha parecido merecer una revisión.

Para llegar a eso, los economistas franceses se han dirigido a disciplinas vecinas, la sociología y la psicología, y más precisamente, la *microsociología* y la *psicología colectiva*. Han alcanzado así, indirectamente, un objetivo nuevo, han reaccionado contra la especialización. Esta reacción parece feliz; en efecto, se ha reconocido siempre, que una de las cualidades intelectuales del francés, consiste en la posesión de una cultura general extendida. Difiere en eso del norteamericano que se especializa a menudo prematuramente. Gracias a la integración de la economía política en las Facultades de Derecho, los economistas franceses son juristas e historiadores. Es necesario no presentar la cuestión como si debiera hacerse una elección entre un conocimiento universal, pero superficial, y un conocimiento profundo pero limitado, pues, la universalización facilita la profundización. Es porque era médico y había estudiado la circulación de la sangre que Quesnay construyó su célebre circuito de las riquezas. La comparación se impone con el albañil: nada sería más peligroso para él, que

cavar una estrecha zanja en un terreno blando, pues las paredes se derrumbarían en relación a la profundidad, él debe cavar lo que circunda, ensanchando su zanja tanto más cuanto profunda sea ésta.

Todo se complementa, por otra parte, en la sociedad humana. Especializarse en economía, es desconocer por principio las relaciones de la economía con el medio extra económico que contribuye a explicarlo; es pues, falsear el juicio. Todas las ciencias como todos los recursos naturales son interdependientes. El haber superado la globalidad, concebido así, debe ser considerado como favorable. Tal es el doble movimiento que se ha producido: extensión por incursión en las disciplinas vecinas de la ciencia económica, profundidad por división de la sociedad en grupos. ¿En qué consisten esos grupos? Los especialistas del comercio internacional, han empezado por aplicar *la extensión sin profundidad*, contentándose con el grupo conocido y bien delimitado constituido por la nación. Este método ha conducido ya, a mis compatriotas BYE, WEILLER, MAGAUD, a estudiar lo que llaman “el comportamiento de la Nación”. Esta es la expresión sintética de los elementos sociológicos fundamentales específicos para cada pueblo, no obra automáticamente según datos económicos, de la manera clásica obedece a las incitaciones de la naturaleza propia, *es una personalidad*. Por ejemplo, la división internacional del trabajo, no es más que una de las modalidades posibles de las relaciones entre pueblos.

En esta perspectiva el mundo cambia de aspecto, se convierte en “una constelación de centros de decisión”, teniendo cada uno su comportamiento, el uno, deseoso de bienestar, el otro de poder, éste de prestigio, aquél de independencia. He aquí ideas que no son nuevas y que vienen de todos los repliegues del pensamiento económico, de los discípulos de Ricardo como de los de List.

Modifiquemos ahora la consistencia de la unidad social. Dividamos la nación *en grupos* y procederemos a lo que hemos llamado *la profundidad*. Debemos primero definir lo que entendemos por grupo, después estudiar las relaciones entre los grupos así precisados.

El grupo, en filosofía, es el complejo “yo-otros-nosotros”. Cada uno depende de su vecino y forma un todo con él por una acción común que será entonces eficaz. En economía, el grupo es un conjunto de individuos con intereses comunes y comportamientos análogos. Es pues, una unidad coherente y por este motivo, generalmente histórico, cimentado por el tiempo. Ejemplo: los comerciantes de un barrio de la ciudad, los productores de un vino de una zona determinada. El grupo no debe ser confundido con la clase. La clase obrera, por ejemplo, se ha dividido a menudo en grupos antagónicos: trabajadores especializados y no especializados. Mi colega GORTZ ha citado el caso típico de obreros-agricultores que realizan el sueño de LE PLAY, el de la unión del taller y de la tierra. Ahora bien, los obreros manifiestan una conciencia de clase, los agricultores tienen una mentalidad de grupo. Es interesante comprobar que en ese caso, estos personajes mixtos, generalmente se separan de sus compañeros de fábrica y se unen a sus vecinos del campo. La tierra triunfa sobre el taller, el grupo sobre la clase. Este arreglo de la sociedad en grupos, responde para algunos, al nombre, hasta aquí misterioso, de *estructura*. El equilibrio estructural es provocado por las distorsiones o rupturas entre grupos. Ya las diferencias de poder de los grupos, pueden ser consideradas como potencialidades de tensión.

Las relaciones de los grupos, unos con otros, deben pues, ser estudiadas por el economista que, para llevar a buen término su tarea, debe dejar el dominio de la estática.

En efecto, en el transcurso, se operan incesantemente cambios. Los retrasos en las consecuencias de los fenómenos enca-

rados, las demoras de adaptación, todo acarrea cambios de lugar, que vuelven vana la fotografía de una economía en un momento dado, y sin interés la contemplación de la masa global. La sociedad está formada por núcleos humanos que ora se acercan, ora se alejan los unos de los otros y no están nunca en reposo.

El ciclo mismo aparece como la resultante de esos movimientos endógenos y la dinámica toma un aspecto nuevo.

En fin el análisis del comportamiento de los grupos obliga a tener en cuenta factores extra económicos, ya que sus medios de acción consisten tanto en intervenciones políticas y en huelgas, como en concesión de créditos y en publicidad. Los cálculos de flujo y de stocks, dan lugar a las aprobaciones y a los rechazos, a las presiones y a los retrocesos.

¿Hasta qué punto se podrá aliar la estadística y la psicología? Es difícil decirlo. Uno de nuestros estadísticos ha formulado "ecuaciones de comportamiento"; cuando otro más prudente, mira las cifras como susceptibles de proveer solamente datos para un diagnóstico y nos recuerda que la economía política es para el dirigente, tanto un arte como una ciencia, lo que Adam SMITH había afirmado hace tiempo.

De este análisis resulta el concepto del *equilibrio total*, sacado a luz por mi colega Pierre REYNAUD, de Estrasburgo. Este equilibrio comprende las instituciones mismas que encuadran la economía, como el régimen monetario (extensión sociológica) y reposa, no sobre la realidad, sino sobre la idea que los hombres tienen de ella (extensión psicológica). Por ejemplo, la desconfianza con respecto al gobierno, fundada sobre falsas noticias, provoca una caída en los cursos de valores mobiliarios en la Bolsa, aún recordamos que las huelgas violentas de 1936 se debieron a un error de los obreros, persuadidos que habían sido sacrificados, cuando su salario real se había mantenido. La ciencia de la opinión debe ser estudiada a la par de la ciencia económica.

Este equilibrio total, completa la concepción clásica. Sirve para todos los regímenes, liberales o no, de competencia perfecta o imperfecta y es compatible con una acción del Estado con miras a su restablecimiento; tiene en cuenta factores no económicos, cuida de situar todos los grupos en un mismo plano y coloca en buen lugar los grupos dominantes: por ejemplo, en materia de rentas, reconoce que hoy el salario domina por causa de la ideología del público, que apoya la acción del Estado.

La ventaja de este concepto es poner en relieve la colectividad. Los clásicos han empezado fundando todo sobre los individuos, los socialistas han tratado de tomar por base al Estado, ahora, es una unidad de extensión y consistencia variable, el grupo, es decir, la colectividad restringida, que forma la célula social, con vistas al análisis.

Sin embargo, surgen inconvenientes. Si hemos rechazado desde hace largo tiempo el universalismo clásico y si admitimos que las economías son función de las psicologías nacionales, ¿no debemos extender ese relativismo a los grupos? Y cuando éstos pueden dividirse en sub-grupos, en familias por ejemplo, cuyas relaciones mutuas pueden ser objeto de observaciones idénticas a las que conciernen las relaciones entre los grupos, ¿no vamos a concluir en un fraccionamiento de la economía política que va a retirarle hasta el carácter de ciencia? Más aún, prosiguiendo el análisis ¿no nos arriesgamos de llegar a los individuos, y no estaremos obligados a rehacer el camino recorrido por los clásicos reconstruyendo la economía sobre la psicología individual? Tenemos la impresión de que es así recorriendo la reciente obra de Raymond BARRE que divide el tiempo en períodos de previsión y períodos de reacción y nos conduce a la atomicidad clásica, ya que los cálculos económicos y las demoras de adaptación difieren según los individuos.

...La cuestión es saber, a partir de qué elemento social, en este esquema de grupos concéntricos, la cohesión es tal, que la

disociación se reconozca impracticable. Ni qué decir que la respuesta cambiará según los grupos considerados. Es probable, por ejemplo, que el grupo de los empresarios, que compiten entre ellos, sea menos coherente que el de los obreros.

En definitiva, el cuadro clásico de la repartición se presenta a nosotros bajo un nuevo aspecto. La sociedad es un campo de batalla. El esquema walrasiano queda como tela de fondo, los mercados subsisten, el beneficio, o más exactamente, la creencia en el beneficio, continúa siendo el “arranque de la economía”, la productividad marginal del trabajo permanece como límite subyacente de la tasa del salario. Los clásicos no han muerto y las leyes económicas permanecen válidas. Pero en el corto término y en la escala de los individuos y de los grupos, los datos psicosociológicos dominan y explican la economía y son ellos los que marcan la más reciente etapa del pensamiento económico francés.

LOUIS BAUDIN

Miembro del Instituto de Francia